

Joan Guinjoan: la persona y el personaje

Terminando el año de 1997 recibí de Joan Guinjoan el siempre apreciado regalo de un libro. No era un libro cualquiera. Era el que ha citado Vela del Campo en su artículo para esta serie. O sea, el que acababan de firmar y publicar J.M. García Ferrer y Martí Rom, titulado simplemente "Joan Guinjoan" y que se integraba en la serie de monografías sobre creadores catalanes de la Comisión de Cultura de la Asociación de Ingenieros Industriales de Cataluña, que consiste básicamente en la edición de un libro hecho con el artista correspondiente en forma de larga entrevista (una especie de autobiografía a modo de memorias dictadas) y de un vídeo que supone un acercamiento a su figura. La lectura del texto me prendió con fuerza pues, en efecto, constituía un formidable acercamiento a la personalidad musical y, sobre todo, humana de mi admirado compositor. Me pareció tan útil e interesante que me dispuse a traducirlo del catalán, lengua a la que se atienen los libros de la citada colección. Cuando se lo comuniqué a Joan, se puso contentísimo, pero inmediatamente salió el amigo y el "catalán": ¿cómo iba yo a abordar un trabajo sin la seguridad de que alguien me iba a pagar algo y a publicarlo? A mí no era esa una cuestión que me preocupara lo más mínimo: por una parte, estaba seguro de que el prestigio del maestro Guinjoan -que no el mío- abriría alguna puerta de editor y de patrocinador; por otra, la tarea me apetecía tanto que de buen grado afrontaba el riesgo de haber trabajado *gratis et amore*. Un tiempo después estaba vertido el libro al castellano y subtitulado el video. En cuanto pusimos en conocimiento de la SGAE y la Fundación Autor la existencia de este texto se interesaron por su publicación, pero, fieles a la línea de presentación de sus libros monográficos sobre compositores actuales, nos invitaron a ampliarlo considerablemente mediante la adición de datos (un catálogo de obras completo y preciso), de ilustraciones y de algún otro trabajo con la orientación de estudio o análisis musical. Evidentemente, el libro, así, iba a ser otro. De hecho, es otro, porque inmediatamente, encantados con el nuevo planteamiento, pusimos en danza a dos estudiosos de la música de Guinjoan tan cualificados como la musicóloga Rosa María Fernández y el compositor Agustín Charles a quienes pedimos, respectivamente, una reflexión sobre la estética de la música de Guinjoan, con carácter general, y un análisis técnico-musical de algunas partituras esenciales de su catálogo. Quedó así un volumen de casi 350 páginas en formato grande, que no es una obra homogénea, sino la suma de aportaciones de Martí Rom y García Ferrer, Rosa Fernández, Agustín Charles y el autor de este artículo, por supuesto con el maestro Joan Guinjoan como fuente principal de todos los trabajos. Lo editó la SGAE, en Madrid, en 2001.

Enseguida viajé a Barcelona para presentar el libro en la sede catalana de la SGAE. Para entender el tono emocionado con el que comenzó mi intervención en aquel acto, debo contar dos cosas.

Una: en el verano de 1999, o quizá en el de 2000, coincidí con Ernest Lluch en los cursos que la Universidad y la Quincena Musical Donostiarra organizaban en el Palacio de Miramar. Intervine en los dos años, requerido por la Quincena para realzar con alguna conferencia la celebración que hacía el festival, en sus conciertos, de los 70 años que cumplían en aquel momento dos compositores vascos de excepcional relieve: Carmelo Bernaola y Luis de Pablo. Ernest Lluch -a quien yo había conocido unos años antes precisamente en San Sebastián, ciudad a la que adoraba- seguramente estuvo en las dos ocasiones, pero, en una de ellas, en el pisolabis que siguió a mi conferencia en aquel privilegiado lugar, se me acercó,

simpatiquísimo, y mantuvimos el siguiente diálogo: “José Luis, estás echando tripa y, a nuestra edad (aclaro que era diez años mayor que yo), tenemos que cuidarnos”.- “Tienes razón. Dime qué haces tú para estar tan estupendo”.- “Ejercicio”.- “Pero eso lleva tiempo y exige fuerza de voluntad, y ando escaso de ambas cosas”.- “Imponte una obligación”.- “¿Cuál te has impuesto tú?”.- “Todos los días, al bajar al garage, hago múltiples flexiones para asegurarme de que no me han puesto una bomba en los bajos del coche”... Celebré el buen humor, a la vez que notaba que se me habían puesto los pelos de punta. El 21 de noviembre de 2000, a primera hora de la mañana, en el garage, junto a su coche, un terrorista de ETA lo asesinó de dos disparos en la cabeza. No tuvo oportunidad de hacer flexiones ese día. Minutos después corrió la noticia y yo tenía que empezar mi programa en Radio Clásica, en directo. Volé, desencajado, al Archivo Sonoro y pedí una grabación del *Requiem* de Mozart. Tras sonar en antena la careta del programa, sin saludar siquiera a la audiencia, puse el *Lachrymosa* y, al acabar, dije, más o menos: “Radio Clásica tiene desde hoy un oyente menos. Descanse en paz Ernest Lluch”. Después debí hablar poco, no estaba en condiciones, pero sonaría la música programada. Su muerte impactó con fuerza en Guinjoan, pues ambos eran amigos desde que coincidieran, durante sus períodos de formación, en el Colegio de España de París. Impresionado por la noticia, Joan dedicó con carácter retroactivo una de sus obras más apreciadas, el *Concierto para piano y orquesta*, que había sido compuesto en 1983, a la memoria de Ernest Lluch.

Y dos: apenas tres meses después de la muerte violenta de Lluch, en febrero de 2001, falleció en Barcelona, tras larga y cruel enfermedad, la mezzosoprano Anna Ricci, destacadísima intérprete de la música vocal contemporánea europea, con especial atención a la española y, más concretamente, a la catalana. Anna había interpretado muchas veces música de Guinjoan, y recuerdo especialmente aquel concierto del décimo Festival Internacional de Música Contemporánea de Alicante, en el que hizo un amplio y comprometido recital de música reciente, acompañada al piano por el gran Ángel Soler. El concierto concluía con la interpretación del *Tríptico de Semana Santa*, obra de Guinjoan sobre tres poemas de Salvador Espriu, momento en el que Anna Ricci y Ángel Soler reclamaron la presencia del maestro Guinjoan en el escenario para que fuera él mismo quien acompañara al piano su partitura. Fue un momento muy emotivo para Anna y para Joan, como repetidamente me comentaron ambos. Anna murió sin haber completado su obra testamento, que tituló *Mirall (Espejo)* y que recogía su extensísimo repertorio grabado, y yo llevaba meses colaborando con ella para sacar el proyecto adelante.

Contados los antecedentes, se entenderá que comenzara mi presentación en Barcelona del libro sobre Guinjoan agradeciendo la presencia de tantos y tan cualificados oyentes como se habían congregado allí, pero destacando que me parecían lamentable e insufrible, respectivamente, dos ausencias muy concretas, de personas que deberían haber estado con nosotros, que hubieran querido estar allí: Anna Ricci y Ernest Lluch. Cundió la emoción, naturalmente.

La realización del libro del que estamos tratando supuso para mí la oportunidad de múltiples encuentros con el maestro y, desde luego, la profundización en el trato con Joan, trato que ya era de verdadera amistad desde hacía unos cuantos años. Y a esa amistad se ha apelado al encargarme la Fundació Joan Guinjoan, a través de Ruth Prieto, la redacción de un artículo no sobre la condición musical y creativa del *mestre*, sino sobre su condición humana. Ello me

lleva a hilar algunos recuerdos, anécdotas y vivencias a los cuales, en su mayoría, ya me he referido en otras ocasiones y por distintas vías..., pero allá voy.

Ser de pueblo es maravilloso porque, te lleve la vida por donde te lleve, al pueblo siempre lo tienes ahí, esperándote y reavivando tu memoria. Pero nunca he conocido a nadie tan de pueblo como Guinjoan. Obviamente, tal aserto nada tiene de peyorativo: todos conocemos a impresentables "pueblerinos" nacidos y criados en ciudades de rancia historia universitaria o en grandes urbes y también conocemos a gente proveniente de pueblo, y aun de pueblito, que lleva la universalidad en los cromosomas. Es el caso de Joan Guinjoan, por ejemplo. Siempre ha proclamado sus orígenes humildes, su venida al mundo en Riudoms, en el seno de una familia *pagesa* del Baix Camp dedicada al cultivo y recolección de la avellana, tareas campesinas de las que Joan participó en años de adolescencia.

En junio de 1997, el presidente Pujol inauguró en Riudoms el *Institut "Joan Guinjoan"* cuya construcción había impulsado el alcalde, Josep María Vallès y, poco después, esta villa del Baix Camp tarraconense organizó un acto de homenaje a su hijo predilecto, que incluía la actuación del gran violonchelista Lluís Claret. Por supuesto, vi que era una ocasión espléndida para conocer la patria chica de Joan, el primer suelo de sus pasos, el paisaje y la tierra cuyas avellanas proporcionaron cierto bienestar a aquella familia *pagesa* de la que, dios sabe cómo, surgió en los años de la posguerra un mozalbete que destapó sensibilidad artística y vocación musical. ¡Los hay raros! Una vez en Riudoms, después de recorrer el *Institut*, Joan me llevó, emocionado, a su casa natal y luego disfrutamos de una gratísima comida de hermandad entre las autoridades de Riudoms, la familia y algunos amigos de Guinjoan.

A propósito de este "ser de pueblo" que caracterizaba a nuestro personaje, acaso la anécdota vivida por mí que mejor lo proclama es la que se sitúa nada menos que en Moscú, un poco antes de la visita a Riudoms que acabo de narrar. Mis amigos José Manuel López y Francisco Luque, compositores españoles instalados en París, habían creado, con otras personas de su entorno próximo, la Asociación Multifonía y, a través de ella, en contacto con las artistas rusas Victoria y Elena Gantchikova, madre e hija, violonchelista y pianista respectivamente, entraron en contacto con el Conservatorio Chaikovski de Moscú y coorganizaron con tan prestigiosa institución unas jornadas de acercamiento a la música española del momento, protagonizadas por los compositores Guinjoan, López López y Luque, los intérpretes Caroline Delume (guitarra) y Jean-Pierre Dupuy (piano) y yo como crítico musical. Al margen de nuestras intervenciones orales (con traducción simultánea, claro) y de los recitales que se dieron en el histórico Conservatorio Chaikovski, el tema al que apunto ahora nos lleva al cóctel que la Embajada española en Moscú -o alguna de sus dependencias- organizó en nuestro honor, al que asistieron autoridades moscovitas relacionadas con la Música y la Cultura, entre ellas el director del Museo Glinka, que visitaríamos por la tarde. Uno de los asistentes rusos al cóctel se presentó como cuñado (creo recordar que tal era su parentesco) de Stoichkov, unos de los grandes futbolistas del Barça de entonces, y nos hizo reparar en que, en efecto, lucía una corbata blaugrana que le había regalado el susodicho. Con la dispersión típica de esas situaciones en las que, copas en mano, se van haciendo corrillos y apartes, en un momento dado reparé en que Guinjoan estaba *vis a vis* con un ciudadano ruso, hablando en voz muy alta y gesticulando ampliamente.

Me acerqué a “poner paz” en lo que, obviamente, no podía ser una discusión, pero lo parecía. Joan me explicó la situación: estaban junto a un mapa de España en el que él le había señalado al caballero ruso su lugar de nacimiento, y el interlocutor, con la mejor voluntad de mostrarse conocedor de la cultura española y de halagar al invitado, había celebrado la coincidencia de que Guinjoan fuera “catalán, como Dalí”. Nuestro entrañable músico se estaba esforzando en aclararle que Dalí y él no eran tan paisanos como creía, porque Dalí había nacido en Figueres, en el Alt Empordà, y él en Riudoms, en el Baix Camp... “¡¡Nada que ver, nada que ver!!”, decía Guinjoan con vehemencia, mientras apoyaba su protesta con anchos gestos negativos. Sonriendo al ruso, hice ver a Joan que, estando donde estábamos y dadas las dificultades idiomáticas, quizá era demasiado sutil lo que pretendía... Poco después, ambos brindaban por los artistas catalanes y por España y se incorporaban a otros grupos para seguir libando y picando. Aquel fue mi primer (y último) éxito diplomático. Yo ya lo sabía, pero en la Embajada de España en Moscú tuve la prueba definitiva de que Joan Guinjoan era un ciudadano del mundo que se sentía europeo, sí; se sentía español, sí; se sentía catalán, sí; pero de donde de verdad más se sentía era del Baix Camp, de Riudoms. ¡Ahí es nada!

Antes de abandonar Moscú, apunto alguna otra cosa: Joan no se sentía bien en aquellos días, estaba acusando seguramente los primeros síntomas de la enfermedad que, lenta e implacablemente, acabaría con su vida años después. Y tampoco se encontraba bien su esposa Monique, mujer discreta que, sin una queja que pudiera oírse más allá de su entorno próximo, nos iba a dejar antes que él. Uno de aquellos días, con Joan del bracete -sin Monique, indispuesta, y sin los otros músicos, ocupados en ensayar los conciertos- me fui una mañana, prontito, al espléndido Museo Tretyakov. Joan me agradeció mucho la iniciativa, reconociendo que, por su cuenta, jamás lo habría hecho. Disfrutamos mucho viendo grandes pinturas completamente ignoradas por nosotros o retratos de los que teníamos referencias por los libros, como el impresionante de Mussorgski firmado por Repin. Pero Joan aún gozaría más al acabar la visita museística.

Paréntesis: veréis, Guinjoan disfrutaba mucho de la comida. Unas semanas antes, en Madrid, cuando nos disponíamos a comer juntos, me comentó que, a la doctora que le atendía en el primer tramo de la enfermedad que resultó ser terminal, le había hecho la siguiente advertencia: “Doctora, si me pone un régimen estricto, estoy muerto”. Hasta ahí llegaba la cosa. Pues bien, cuando yo llegué a Moscú, mis compañeros de aventura llevaban ya algún día allí y, tras dejar el equipaje en la muy precaria residencia que nos habían asignado, dependiente del Conservatorio moscovita, me encaminaron hacia el comedor del propio Conservatorio que había sido su “sede” hasta entonces para el almuerzo. En las cercanías, olfateé y me negué a seguir avanzando hasta el destino. Yo no era -ni soy- rico, pero tampoco pobre de solemnidad y, seguido por Guinjoan y los demás, nos lanzamos a buscar un sitio menos cutre para comer. No sé si fue en esa primera búsqueda de restaurante o en otra posterior, el caso es que después de haber intentado entender las cartas y precios exhibidas a la entrada de algunos restaurantes, propuse optar por uno, pero Guinjoan me llamó para que reparara en otro que, unos metros más allá, parecía económicamente más interesante: ¡era un cartel con los precios de las entradas al teatro de donde colgaba la información! Se rió como un niño. Comimos en el restaurante, claro, y solo discretamente, pero Guinjoan me invistió de autoridad en la materia ya para siempre. Cerramos el paréntesis...

... y enlazamos con la visita a la Galería Tretiakov. Habíamos hecho a pie el camino desde nuestra residencia hasta allí, admirando al paso los edificios del Kremlin, la catedral de San Basilio (con recuerdo al *Boris* de Mussorgski), la catedral de Cristo Salvador (con recuerdo a la *Obertura 1812* de Chaikovski)... y luego tuvimos que hacer una considerable cola para entrar al Museo. Tras la larga y pausada visita que llevamos a cabo estábamos lógicamente cansados. Era la hora del almuerzo y propuse quedarnos y tantear la posibilidad de comer en el restaurante del propio Museo. Acudimos, y era agradable de aspecto. Los precios asustaron un poco a Joan, pese a que no eran disparatados, pero le convencí de que éramos buenos, nos portábamos bien con nuestros semejantes y merecíamos darnos un homenaje de tarde en tarde. Se le iluminó la cara y nos lanzamos al menú, que incluía caviar. Disfrutó lo indecible, y también yo, que además de lo que justificaba la calidad de la comida, tuve el aliciente añadido de ver cómo gozaba mi amigo, acaso comparando aquello con lo que había comido antes de mi “advenimiento”.

Tuve el honor de compartir con Joan y Monique algunos ratos en su casa barcelonesa de la calle Padua, en ocasiones con extensión a comer en un restaurante italiano próximo, muy apreciado y frecuentado por Joan. Por cierto, en una de estas comidas estuvimos en mesa contigua a la que ocupaba Pasqual Maragall -ya tocado por el maldito Alzheimer- y sus acompañantes. En otra ocasión, nos desplazamos al chalet de Leonardo Balada a compartir con el “catalán de Pittsburgh” y su esposa un café y un rato de charla: Guinjoan y Balada, colegas y de la misma generación, por entonces llevaban años sin verse. Pero, en todos estos encuentros, Joan me animaba a ir a conocer su “otra casa”, la de Monells, donde pasaban algunas semanas cada año. Naturalmente, tardé poco en aparecer por este precioso pueblo medieval del Empordà donde los Guinjoan tenían como vecinos predilectos a los Puig: el gran pintor August Puig y su esposa Ingrid, señora elegante, culta y amabilísima. Acudí en varias ocasiones y, además de intensificar la amistad con los Guinjoan, tuve la dicha de conocer y sintonizar con August Puig, a quien -me resultó evidente- Joan había hablado de mí: August me declaró ilustre y bienvenido visitante “a la República independiente de Monells” y tuve en aquella ocasión, y alguna siguiente, oportunidades de charlar con él de pintura, de música, de arte y de vida en general. En mi trayectoria he coincidido con grandes artistas en los últimos años de su vida, y he celebrado mi suerte, así como he lamentado haber llegado tan tarde... August Puig es uno de ellos: ¡cuánto talento! ¡cuántas cosas que contar, desconocidas por casi todos! ¡qué pasión por vivir y por disfrutar de la vida! Si yo sintonicé con Puig en cuestión de horas, lo que había entre Guinjoan y Puig era no ya sintonía, sino *la* sintonía. Y una anécdota que me contó Joan retrata esto muy bien: estando ambos en Monells, con alguna frecuencia, mediada la tarde, August llamaba a Joan y ponía a su disposición su coche para dar un paseo. Joan aceptaba encantado, y salían sin rumbo prefijado. En un momento dado -un alto, un recodo en la carretera, un pedrusco al que encaramarse-, August paraba el coche, bajaban, se acomodaban, encendían una pipa, contemplaban el paisaje y, sin cruzar palabra, volvían al coche y regresaban. Cuando August dejaba a Joan en la puerta de su casa, rompía el silencio largamente mantenido diciendo: *Què bé ho hem passat, no?* Para redondear el relato, me decía Guinjoan: *¡Y tenía razón, lo habíamos pasado muy bien!*

El mismo August Puig, en su libro *Memòries d'un pintor* (Ed. Palafrugell, Barcelona, 1992), recordando un viaje por Egipto que hicieron juntos los Guinjoan y los Puig, ilustra con divertidas anécdotas algunas de las condiciones personales de nuestro querido amigo. Una, su condición de "cenizo", tendente a pensar que todo le iba a salir mal: al llegar a Egipto, fue retenido unos minutos por el funcionario en el control de pasaportes, mientras que sus compañeros de viaje habían pasado sin problemas y lo esperaban a unos metros de distancia. Según relata August Puig, Joan, casi histérico les voceaba: "Continuad el viaje sin mí, que yo me vuelvo a Barcelona en el primer avión" ... "si es que no me encierran en la cárcel".

Naturalmente, el funcionario acabó golpeando con el tampón el pasaporte y le invitó a seguir, lo que subraya Puig con ironía: "¡Joan Guinjoan acababa de ser liberado!".

La otra, su condición de "comilón", a la que ya me he referido. Durante el crucero por el Nilo, Guinjoán se dio un batacazo enorme en el camarote al pisar una pastilla de jabón. Cuenta su amigo August que lo vio "estirado encima de una cama con la pierna inflada, toda llena de cubitos formando una pirámide (...) Los uys y los ays iban ya aumentando un tanto. Tras casi una hora nada cómoda (...) ya comenzaba a articular frases más largas: "El viaje ya se ha acabado para mí", etc., etc. Monique salía con el habitual *mais non, n'exagère pas*. Después (...) la situación se fue desdramatizando... y finalmente llegó la apoteosis: "August, ¿crees que el barco estará provisto de muletas?... ¿Cómo haré para ir a cenar? Joan Guinjoan había resucitado".

En otra visita a Monells, estando en la casa, me hizo un gesto de que le siguiera y, señalándome aquí y allá muebles y objetos que ya estaban allí en su niñez, me condujo a una habitación y me invitó a sentarme mientras él sacaba algo de un armario: ese algo era el pequeño y modesto acordeón con el que, siendo un niño, descubrió su atracción por hacer música. Fue muy emocionante para mí ver al *mestre* con los ojos entornados o cerrados, tocando las piececillas de música popular catalana y alguna canción ligera de moda en aquellos años: es decir, lo que tocaba en su adolescencia para amenizar las fiestas familiares y amistosas o en algún descanso en el duro trabajo de recogida de la avellana. El gesto de Joan reflejaba que se había trasladado en el tiempo hacia un pasado lejano y feliz.

También recuerdo que, desde Monells, nos desplazamos a otro pueblo -no recuerdo cuál- en donde los Guinjoan me presentaron a Alain Milhaud y a su esposa, Montse, con los que tuve algún cordialísimo encuentro posterior en Madrid. También un día coincidí con el maestro Josep Pons, espléndido director de la música orquestal de Guinjoan y protagonista de varios estrenos rutilantes, entre ellos el de la ópera *Gaudí*. Joan aglutinaba todo y a todos. Por cierto, singular experiencia la que viví al asistir en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona a una de las representaciones de *Gaudí*, pues estuve sentado en el patio de butacas rodeado por dos amigos que resultaban ser Xavier Güell, descendiente directo de uno de los protagonistas de la ópera, y Joan Guinjoan, el autor de la misma: ciertamente, la situación no era habitual...

Una de las facetas del personaje era su condición de "despistado", cabría decir que de "sabio distraído". August Puig, en sus citadas *Memòries*, ha contado cómo conoció a Guinjoan, en un café de Barcelona en el que nuestro músico había quedado con el crítico de arte Rodríguez Cruells. En cuanto vio a un joven con gafas, mirando sin encontrar a quien buscaba, cuenta August que se le acercó y le dijo: "Es aquí", añadiendo: "Acababa de entrar Franz Schubert" (...) "Todo en él

delataba al músico. Deambulaba, distraído y despistado entre las mesas, menos por la nuestra. Rodríguez Cruells levantó el brazo y tuvo que estar un buen rato gesticulando hasta que, por fin, el músico se dio cuenta de su presencia”.

Por otra parte, las anécdotas sobre la personalidad humana de Guinjoan, que él mismo contaba sin recato, divirtiéndose, retratan a un tierno y literalmente amable personaje. Dos de ellas se refieren a una actuación suya en el Festival de Música Contemporánea de Alicante, dirigiendo al grupo Lucentum. La primera: en la misma tarde del concierto, se le rompieron los tirantes del frac y, ante el riesgo más que posible de que se le cayeran los pantalones a los tobillos con la gesticulación propia de la labor directorial, hubo que salir a la compra urgente de un cinturón, que no llevaba en su equipaje. La segunda: en la primera parte de un concierto (no sé si era el mismo) ofrecido en septiembre de 1986, interpretó una obra de Manuel Balboa, compositor que estaba presente en la sala y al que se le olvidó señalar para que saliera a recoger los aplausos. Después de haber reparado en ello y de haberlo lamentado mucho, tras el descanso, el maestro Guinjoan salió tan dispuesto a no volver a incurrir en el despiste que, al acabar de dirigir una obra de Arnold Schönberg, lo buscó insistentemente entre el público para invitarlo a saludar, hasta que un músico del grupo se le acercó para, conteniendo la risa, apuntarle que Schönberg “no había podido ir a Alicante”...

Sí, él mismo cultivaba esta faceta de “antihéroe”. Veán, si no, un extracto de la carta manuscrita que recibí en abril de 1999 en respuesta a la petición que le había hecho de que me contara qué tal había ido su viaje profesional a California para asistir durante una semana, invitado por la Universidad de Santa Barbara, a unas jornadas musicales en las que él y su música iban a ser protagonistas. Tras referirse al normal y satisfactorio desarrollo de las jornadas, punto en el que pudo haber terminado la carta, Joan quiso contarme esto:

“Para terminar esta fugaz visión de mi estancia en USA, he aquí una anécdota que me ocurrió durante el viaje. Te pongo en antecedentes: supongo que ya estás al corriente de la pugna que existe entre mi pueblo y Reus acerca del nacimiento de Antonio Gaudí. Pues bien, cuando llegué a Los Ángeles, con el cansancio que suponen once horas de vuelo desde Londres, me disponía a bajar del avión, preocupado en recuperar mi maleta y también en averiguar mi itinerario para trasladarme a Santa Barbara. Entonces se me acercó alguien y con voz de pocos amigos me preguntó: “¿Usted es Joan Guinjoan?” Ante mi afirmación contestó: “Pues yo soy de Reus”. Con la alegría interna supuesta le dije que yo era de Riudoms. La contestación fue: “Ya lo sé, y *vosté es un malparit*, porque en una ocasión afirmó que Gaudí era de Riudoms”. Ante una situación tan violenta y la categoría del personaje no perdí la serenidad y sin mirarle (yo continuaba buscando mi maleta) le dije: “Mi abuelo, que conocía a Gaudí, siempre me decía que era de Riudoms, y la palabra de mi abuelo era sagrada para mí”. Cuando me volví, el *gentleman* había desaparecido y pensé, ¡caramba, qué llegada!...”

He rebasado la extensión que se me había pedido, pero no cierro sin recordar con admiración la otra personalidad de Guinjoan, la musical, la creativa, que era grande, única. No admitía más dictados que los de su propia sensibilidad. El *mestre* Guinjoan, en efecto, nunca consideró la posibilidad de ponerse miméticamente en la estela de nadie ni de nada, de ningún compositor ni de ninguna corriente en boga. Compuso cuando sintió la necesidad de hacerlo, siguiendo pulsiones muy

personales y, habitualmente, coincidiendo con el sentimiento de que algo podía aportar distinto a lo que otros hubieran ya dicho. Otros, o incluso él mismo, porque Guinjoan sentía horror a repetirse. En la medida en que cada obra en la que se había volcado había sido trabajada con intensidad, llevando la ideación a sus últimas consecuencias y procurando ofrecer un producto *acabado*, estas obras eran capítulos que se cerraban sobre sí mismos. Habían enriquecido técnica y artísticamente al compositor, pero no le habían abierto ninguna puerta a la explotación fácil de contenidos apuntados, porque Guinjoan no apuntaba contenidos, sino que los explotaba. El apunte y la explotación se daban en la misma partitura, y fin. O, mejor dicho, a otra cosa.

Grande Guinjoan, e inefable.

José Luis García del Busto

Enero 2023